

Cierra tus ojos



# Cierra tus ojos

---

Cuentos

Roberto Pérez-Franco

Zirie

El autor agradece comentarios de sus lectores el enviar reportes sobre cualquier error a su dirección de correo electrónico: [CORREO@ROBERTO.AU](mailto:CORREO@ROBERTO.AU)

### **Licencia (CC) BY ND**

La obra completa del autor se ofrece en línea de forma gratuita desde 1997, y bajo la licencia Creative Commons (CC) BY-ND desde 2010. Todos los libros del autor, incluyendo este, se pueden descargar en su página web: [WWW.ROBERTO.AU](http://WWW.ROBERTO.AU) sin costo alguno.

### **Fotografía de portada**

Racimo de flores de un macano. Fotógrafo: **Buttai**. Usada bajo licencia CC BY-SA 3.0.

# Contenido

Prefacio	VI
Crítica recibida	VII
Sobre el autor	X
Cierra tus ojos	1
Vida	5
El escorpión	14
El pescador	16

# Prefacio

(2024)

*Cierra tus ojos* es una colección de cuatro cuentos escritos en 1997 y 1999 por Roberto Pérez-Franco (n. Chitré, 1976). Mereció una Mención Honorífica (sin duda, gracias exclusivamente a los cuentos *Vida* y *Cierra tus ojos*) en el Concurso Nacional de Cuento José María Sánchez 1999.

Fue publicada en 2000 —como parte de la Colección Cuadernos Marginales— con un tiraje de trescientos ejemplares, en la Impresora de la Universidad Tecnológica de Panamá.

Esta segunda edición fue preparada por el autor en 2024, bajo su sello editorial Zirie. El autor ha revisado el texto, para minimizar sus excesos, respetando siempre el estilo del original.

## Crítica recibida

**E**L DESTACADO ESCRITOR Y diplomático panameño, **Eduardo Ritter Aislán**, en una reseña publicada en el diario *La Prensa Gráfica* de El Salvador el 18 de diciembre de 2000 (y luego en *La Prensa* de Panamá el 3 de febrero de 2001), dice: «Cierra tus ojos es un apretado haz de cuatro cuentos donde Pérez-Franco confirma su magnificencia de narrador eminente y su destacado perfil de psicólogo que penetra en las zonas recónditas del alma humana para mostrarnos los hechos que mueven los resortes de la intimidad donde se anidan la bondad, el temor, la ansiedad, la incertidumbre y la angustia».

El **Jurado Calificador** del Concurso Nacional de *Cuento José María Sánchez* 1999 destacó lo siguiente sobre el cuento **Vida**, parte de esta colección: «(...) es una joya literaria digna de la más exigente antología, por su calor humano, limpidez y excelencia formal».

A continuación compartimos un artículo del profesor, crítico literario, y académico de la lengua **Melquíades Villarreal Castillo**.

### *Cierra tus ojos:*

#### **Nuevo horizonte literario de Roberto Pérez-Franco**

Roberto Pérez-Franco demuestra una magnífica evolución en su producción cuentística desde el candor de su obra inaugural **Cuando Florece el Macano** (1993), pasando por el rastreo de una personalidad

narrativa propia en **Confesiones en el Cautiverio** (1996), hasta llegar, con éxito, a la conquista de la profundidad y la particularidad estilística en **Cierra tus ojos** (2000), libro que se hizo acreedor de la Segunda Mención Honorífica en el Premio Nacional de Cuento José María Sánchez, versión 1999.

El conjunto se compone de cuatro cuentos: *Cierra tus ojos*, *Vida*, *El pescador* y *El escorpión*. Cada uno de estos relatos manifiesta la fe en el género humano, implora la llegada de tiempos nuevos, donde cada hombre se torne más consciente de su propia esencia, donde la angustia y la zozobra cedan el paso al sosiego y a la esperanza.

***Cierra tus ojos***, que es el cuento que lega su título al acopio, contiene una historia de amor frustrado en el plano material, pero que a la vez conserva, a ultranza, la hegemonía del sentimiento redentor del género humano, a pesar de la muerte violenta de los personajes.

El relato titulado ***Vida*** (sin duda alguna, el mejor logrado de la colección y, por qué no, del total de la obra de Pérez-Franco) contiene una fábula llena de humanismo, de amor por la vida, de respeto a la misma, a la vez que hace una propuesta subliminal a la conciencia del lector para que promueva la conservación de la existencia de todos los seres, aunque se trate solamente de un batracio que accidentalmente llega al laboratorio de una escuela primaria para servir de conejillo de indias. El narrador protagonista - un niño evidentemente - no entiende la realidad de la clase, cuando la maestra indica: "*Niños, hoy vamos a aprender de Bi-o-lo-gí-a... Biología es el estudio de la vida. Bio, vida. Logía, estudio. Biología. El estudio de la vida. Hoy vamos a estudiar la vida.*" La explicación de la maestra, para el niño es inextricable, por el sarcasmo que la significación de la misma encierra, toda vez que se propone un estudio de la vida, propiciando la muerte de un sapo.



Este cuento, repito, es el punto de partida que augura la maestría en el relato de Pérez-Franco, pues adquiere una indiscutible individualidad estilística y un manejo pericial en el cultivo del género.

*El pescador* es un relato de tono reposado, que tiene la virtud de destacar la calidad humana y el valor, por encima de las condiciones económicas. Además, insiste en la fe que el narrador tiene en el amor, sentimiento incorruptible que no se doblega ante las presiones económicas.

*El escorpión* retoma la intención conservacionista de Pérez-franco, ingrediente que incrementa el interés por la lectura de Cierra tus ojos. Pues demuestra, a través de un mensaje solapado, la maravilla de la creación y la predisposición negativa de algunos seres humanos. El narrador describe un cuadro, trivial en apariencia, en el cual se encuentra en su baño y se advierte observado por un escorpión que, sin embargo, no quiso inyectar en su piel el aguijón portador del tósigo punzante. Por ello, el narrador decide salvarlo. Poco después se entera que la criada lo mató.

La trivialidad aparente es empleada por Pérez-Franco para evitar, al decir de Alondra Badano, llegar a la redondez del huevo, cuando el mismo se cae de nuestras manos y la postmodernidad está a punto de romperlo y comérselo frito.

Para finalizar este juicio crítico en torno a este nuevo texto y justificar la propuesta de lectura del mismo, me permito sustentar mis apreciaciones en la evolución de la calidad del relato que opera en este novel literato que deja vislumbrar un nuevo horizonte más prometedor en su producción cuentística.

**Melquíades Villarreal Castillo**

El Valle de Antón, 7 de noviembre de 2000

## Sobre el autor

Roberto Pérez-Franco nace el 26 de abril de 1976 en Chitré, Panamá, y crece en la aldea Heroica Villa de Los Santos. Su principal contribución artística se da en la literatura. Escritor desde la adolescencia, publica cinco colecciones de cuento entre 1993 y 2008, que han merecido diversos reconocimientos, incluyendo el Premio Nacional de Cuento *José María Sánchez* en 2005. Aparece en múltiples antologías y revistas literarias, nacionales e internacionales. Además del cuento, cultiva el verso y el ensayo corto. Egresado del Colegio José Daniel Crespo en Chitré en 1993, el cual luego crea un Círculo de Lectores en su nombre, culmina la Licenciatura en Ingeniería Electromecánica en la Universidad Tecnológica de Panamá en 2001, como miembro del Capítulo de Honor. Con una beca Fulbright, completa una Maestría en 2004 y un Doctorado en 2010, ambos en el prestigioso Instituto Tecnológico de Massachusetts, donde luego labora hasta 2017. Polifacético e inquieto, presenta ideas en áreas diversas, como la simulación simbólica de circuitos eléctricos, la arqueo-astronomía y el folklore. Sus pasiones incluyen la literatura, la pintura, la música, el ajedrez, el kayak y el esperanto. Tras doce años en Boston, en 2017 se traslada a Melbourne, Australia, donde reside junto a su esposa y su hijo.

Más información en: [WWW.ROBERTO.AU](http://WWW.ROBERTO.AU)

# Cierra tus ojos

(1999)



# Cierra tus ojos

( cuento corto )

a mi madre

**E**LLA NO ESPERABA ALGO así. Había visto cientos de chicas de su edad que se prostituían en las calles con turistas italianos, dispuestas a acostarse por dinero o a casarse con cualquiera de aquellos, sin que mediara ningún sentimiento, con tal de escapar de aquel infierno. «Allá ellas —se había dicho—. Yo no soy una jinetera». Así, siendo hermosa y joven, vivía con modestia de la mejor manera que su honestidad y rectitud le permitían en aquella ciudad convulsa.

Él no esperaba algo así. Durante aquellos días de vacaciones, había visto cientos de hermosas chicas en Varadero: italianas, alemanas, españolas, chilenas... ¡de todas partes del mundo! Mujeres lujosamente vestidas en las cenas del restaurante del hotel, y luego tranquilamente desvestidas en los bikinis diminutos sobre las arenas blancas y tibias de aquel pequeño paraíso. Su corazón, sin embargo, no se había movido por aquellas.

La mañana del 10 de abril se encontraron: ella caminaba de regreso a su casa, luego de sus clases en el Conservatorio, y él estaba frente a la Catedral gastando las fotografías del último rollo de película antes de abordar su avión esa tarde de regreso a su patria.

Ella lo miró con disimulo. Parado temerariamente entre los turistas y una que otra paloma, apuntaba con su cámara fotográfica a la fachada del edificio, moviéndose hacia arriba y hacia abajo, buscando el mejor ángulo. Él mismo vestía como turista: shorts blancos, camiseta azul, zapatillas gringas y un sombrero de paja con una cinta de colores. Le pareció hermoso. Ella lo contempló largamente, con curiosidad al principio, luego con deseo, hasta que él terminó de tomar las fotografías y se dio vuelta hacia donde ella estaba parada.

Él la miró con asombro. Sus ojos negros lo miraron de frente durante un segundo, hasta que ella retiró la vista y comenzó a caminar hacia el mar. Ese segundo efímero bastó para que entrara por sus pupilas una descarga de energía. Vestía como cubana: un traje sencillo y largo hecho con tela de flores. Era muy hermosa. Él la siguió de cerca durante muchas cuerdas, dejando la vergüenza a un lado, estudiándola con la mirada persistente, con curiosidad primero, luego con deseo, hasta que ella se detuvo al llegar al Malecón —tal vez creyéndolo distante ya— y se dio vuelta hacia donde él venía caminando.

Al verse frente a frente, los dos extraños no supieron qué hacer. Tras unos segundos de indecisión silenciosa, aparecieron en sus rostros tímidas sonrisas, que pronto derivaron en risas y luego en carcajadas. Brotaron las disculpas, luego las palabras tiernas y finalmente la invitación a una caminata por el Malecón y un helado en Coppelía para conversar y conocerse.

—En mi tierra, las playas no son tan bellas como estas, pero son para nosotros —le había dicho él.

El océano azul del Malecón y el sabor de la fresa derritiéndose en la lengua tibia fueron propicios para el amor. El cielo inmenso se abrió promisorio frente a los descoloridos edificios de La Habana. Las olas libres estallaban con furia contra las piedras prisioneras. Los sabores

nuevos de las delicias vedadas seducían los sentidos. El corazón se abrió y dio paso al anhelo de amor, libertad y alegría.

«Ella está hecha para mí», pensó él. «Él está hecho para mí», pensó ella. Todo era perfecto, excepto por la partida. La separación inminente empañaba el futuro. Se hicieron planes a largo plazo: él trabajaría en su patria durante un año entero, y ahorraría el dinero suficiente para venir a buscarla y llevarla con él a su tierra, para iniciar una vida común.

Ella lo acompañó al aeropuerto José Martí. Entró con él hasta donde podía, y esperó pacientemente hasta el momento del abordaje. Intercambiaron miradas, abrazos y direcciones postales. Cuando llamaron por el altoparlante a los pasajeros de su vuelo, se acercó al oído de ella y susurró:

—Cierra tus ojos.

Ella lo miró con picardía y, sonriendo, los cerró.

—Vendré por ti, amor mío. No lo dudes —dijo él, tan quedo y tan cerca de su oreja que a ella se le erizaron los vellos de la nuca.

El avión partió, y el amor quedó en suspenso. Con el paso de los días, comenzaron a llegar las cartas de parte y parte. Al principio eran largas y algo frías; luego se tornaron más apasionadas y cortas. En sus líneas, se reforzaron las promesas de amor y se profundizaron las discusiones sobre los planes futuros.

Las ilusiones crecieron a medida que pasaban los meses. Él trabajaba afanosamente, ahorra con sacrificio, y veía con satisfacción cuán poco faltaba para alcanzar la meta. Ella esperaba pacientemente, y se preparaba para empezar una nueva vida en una tierra nueva.

Llegó el 10 de abril del año siguiente, fecha pactada para el reencuentro. Ella lo esperó desde el amanecer en el aeropuerto, pero él nunca apareció. A medianoche, se marchó.

Llegó a su apartamento y se tiró sobre la cama, a pensar en las promesas de amor y los planes comunes. Pronto se quedó dormida por el cansancio. Entonces, cuando su mente vagaba entre el sueño y la vigilia, escuchó una suave voz en su oído:

—Cierra tus ojos.

Ella los abrió, sobresaltada, pero no vio a nadie. Tras un minuto auscultando el cuarto vacío, sintió que el sueño la envolvía otra vez. Cerró los ojos, y volvió a escuchar:

—He venido por ti, amor mío. Ven conmigo —dijo la voz, tan quedo y tan cerca de su oreja que a ella se le erizaron los vellos de la nuca.

Sintió un abrazo tibio en torno a su cuerpo, y se dejó llevar.

Cuando amaneció, su madre la encontró muerta en la cama.

La semana siguiente, la madre de ella recibió una carta de la madre de él. La abrió ansiosa, y leyó la noticia: él había muerto el 10 de abril en un accidente automovilístico, camino al aeropuerto.

1999



# Vida

( cuento )

a mi padre

«All life is an experiment»

EMERSON

**E**L NIÑO GUARDA SILENCIO. Mira cautelosamente, por encima de los pajonales, hacia el borde cercano del río. El agua, limpia y poco profunda, se desliza lenta sobre las piedras cubiertas de limo verde. Confundido sobre este fondo, reposando su corpulencia, descansa el sapo enorme y majestuoso. Es invisible para un ojo común, pero evidente para Héctor, maestro en atisbar sapos, ranas, iguanas y jicoteas.

Avanza a gatas, con sus rodillas hundidas en el fango, pensando en la envidia que sentirán sus compañeros si logra atrapar aquel bello ejemplar. «¡Qué sapón más grande y feo!», le dirán. Él se paseará orgulloso, portando en sus manos al gran rey del remanso. Un pasito más y estará al alcance de un brinco suyo. Verónica lo mirará fascinada, con asco hacia el sapo y admiración hacia él. «¡Qué asqueroso sapo trajiste, Héctor!», le dirá. Y la dulzura de su voz hará sonar este reproche como un íntimo halago. Ya lo siente cerca, ya casi está... ya casi... ¡Ahora! El niño brinca como un gato, con sus manos estiradas

hacia el sapo, y cae de boca sobre las piedras verdes y el agua fresca que salta en mil gotas relucientes bajo el sol del mediodía. El sapo queda atrapado, indefenso entre sus manitas cuidadosas.

Empapado y adolorido, se incorpora. Levanta al sapo con satisfacción, y contempla largamente el batir de sus patas suspendidas en el aire. Le fascina su descomunal tamaño. Definitivamente, será la envidia de la clase. Más aún: será la envidia de la escuela entera. ¡Qué suerte haberlo atrapado! Toda la mañana, desde el mismo momento en que la maestra Angélica dijo, al final de la clase de Ciencias, que tenían que llevar un sapo al día siguiente, el inquieto niño no había hecho más que pensar en aquel sapo enorme y bello que tantas veces había visto nadando, brincando, comiendo mosquitos... ¡En fin! Lo conocía muy bien. Conocía cada mancha de su cuerpo, cada arruga. Conocía sus hábitos. Se deleitaba observando, escondido en el monte, el jugar del sapo en el remanso tranquilo del río. Era como un compañero en sus tardes de ocio. Y ahora tenía la oportunidad de lucirlo como un trofeo frente a Verónica.

—¡Verás qué linda es! Parece un angelito —susurra el pequeño Héctor junto a la cabecilla húmeda del sapo, que se limita a responder con un parpadeo veloz y asustado.

Con mucho tacto, mete al animal en una bolsa de plástico, y monta en su vieja bicicleta, que emite un chirrido sobre el camino de tierra, como un puerco de monte herido, hasta que llega a la casa de quincha, perdida en medio del potrero.



Héctor llega a la escuela temprano ese día, primero que todos. «¡Páreme temprano, mama, que quiero llegar de primerito!», le había

dicho la noche anterior, mientras ponía al sapo en una vieja llanta de tractor partida por la mitad y llena de agua, donde suelen abrevar las gallinas en las horas de luz. El chiquillo había brincado de la cama. Se había bañado veloz, en la rústica ducha a la intemperie, con las estrellas brillando sobre su cabeza. Tomó su desayuno —una tacita de café, media tortilla changa—, se enjuagó la boca, y se fue alegre en su bicicleta, cuando el sol apenas insinuaba su llegada con resplandores sobre los cerros lejanos.

Héctor espera en la puerta del salón, con su sapo metido en la bolsa plástica, y lo moja de vez en cuando para mantenerlo cómodo. El sapo se agita en el interior, inquieto por tanto ajetreo. Uno a uno van llegando sus compañeros, y a cada uno le muestra su robusto sapo.

—¡Mira mi sapito! —le grita a cada uno que ve llegar.

La reacción es la misma cada vez: expresión de asombro, exclamación indecorosa, y la petición invariable, inmediata:

—¡Déjame verlo, déjame cargarlo! ¡Viste, Héctor!

Y Héctor que se rehúsa indignado, egoísta, dueño de la situación, regocijado en su interior por la envidia y el alboroto general. En torno a él y a su sapo, se va agrupando una multitud de chiquillos uniformados. Cuando llega la maestra Angélica, se asoma curiosa en la rueda de niños. Y tras el susto inicial, felicita al sonriente Héctor por su grandioso hallazgo.

—Está un poco viejo, Héctor, pero nos será útil —le dice, mientras le acaricia la cabecilla despeinada.

El niño, lleno de orgullo, asiente con la cabeza.

La maestra abre la puerta. Los niños entran y toman asiento.

—Pongan sus sapos en la mesa, niños.

Una risita menuda recorre el salón. Los sapos salen de los bolsillos, las bolsas, los frascos, y son colocados sobre las mesitas de madera. Los

niños que no tienen sapo, ya sea porque no encontraron o porque les dio asco agarrarlo, se mudan a la mesa de un compañero, o una compañera. Verónica no tiene. Héctor lo nota y la invita, con un gesto tierno, a acercarse a su mesa. La niña se levanta, sonríe y se sienta junto al rey del remanso, el enorme sapo que los mira asustado, inflando y desinflando el pellejo colgante de su cuello blanquecino. La maestra Angélica se pone de pie, y habla.

—Niños, hoy vamos a aprender de Bi-o-lo-gí-a... Biología es el estudio de la vida. *Bio*, vida. *Logía*, estudio. *Biología*. El estudio de la vida. Hoy vamos a estudiar la vida.

Héctor, boquiabierto, la escucha. Y trata de entender las palabras de la maestra que se le antojan grandes y sabias. Se alegra de que el tema de la clase sea algo que él conoce muy bien: la Vida. Él sabe mucho de la Vida. La ha sentido muy cerca, ¡oh, sí! La ha observado en el río, en la forma de diminutos peces plateados. La ha palpado en el pelaje verde de las piedras sumergidas. La ha sentido revolotear en las alas de las libélulas juguetonas que oscilan sobre el agua. La ha visto asustada en las perdices del camino, que alzan el vuelo al escuchar sus pasos menudos. Ha aspirado su aroma en el suave perfume de las flores del monte. Ha degustado su sabor en el néctar amarillo de un mango maduro. Ha admirado sus colores en las alas de las mariposas. Y su palpar, en el cuello de su sapo amigo, que se infla y desinfla como el acordeón del viejo Chencho en las noches de fiesta en el pueblo. La Vida... ¿No es la Vida lo que humedece con rocío el potrero en las mañanas, cuando él lo cruza en su bicicleta? ¿No es la Vida lo que arde en su piel cuando el sol calienta sus juegos en el río? ¿No es la Vida lo que se le atora en la garganta cuando Verónica lo mira? Eso debe ser. Sí. De eso hablará la maestra Angélica. De la Vida...

—Por eso les pedí que trajeran un sapo, un sapo joven. ¿Todos lo trajeron?

El *sí* de Héctor se sumó a la cascada de *síes* que cayó sobre la maestra. Pero gritó tan fuerte que su voz falló y se convirtió al final en un pitido largo, provocando una risa abundante en Verónica. ¡Héctor enrojeció de pena!

—Eso veo, eso veo. Los felicito. Eso está muy bien. Héctor, tu sapo está un poco grande y viejo. Eso puede hacer un poco más difícil la experiencia. ¿Recuerdas que dije que debía ser joven?

Héctor vuelve a enrojecer. Que la maestra le reproche eso frente a la clase, especialmente frente a la niña, le avergüenza. No fue por olvido. Tuvo razones de peso para escoger ese sapo en vez de uno joven. Primero, ese sapo no es un sapo cualquiera: es el rey del remanso, el sapo más grande y bello del mundo entero. Segundo, él conoce muy bien a ese sapo, tan bien como se conoce a un amigo, y sabe que no lo decepcionará: ya sea en carreras o en nado, él será el vencedor. Y tercero, ¡ese es un tremendo sapo, aquí y en todas partes! Ningún sapito joven va a vencerlo en nada. Bien vale la pena soportar el regaño de la maestra. De todas formas, así su sapo conocería la escuela donde va todos los días. Había planeado durante la noche anterior, mientras el sapo nadaba en la llanta del tractor, que después de la clase de Ciencias lo llevaría de paseo por toda la escuela, con el doble propósito de causar envidia a mayor número de personas, y de mostrarle a su amigo sapo todos los secretos rincones del plantel. Por ejemplo, el cuarto de depósito donde guardan las herramientas, en donde el otro día encontró un ratoncito gris. O la pared en donde escribió el nombre de Verónica con un crayón rojo, encerrado en un corazón. O también el...

—Lo que vamos a hacer hoy, niños, es disecar un anfibio, en este caso un sapo, para estudiar sus partes internas. Vamos a ver,

Héctor. Empezaremos con tu sapo. Como es viejo, te será muy difícil descerebrarlo tú. Déjame que yo lo haga.

Héctor, que divagaba mentalmente con su sapo por los pasillos de la escuela, reacciona un poco tarde. No había escuchado a la maestra.

—¿Cómo dice, maestra? —pregunta Héctor, apenado.

—Digo que vamos a disecar tu sapo primero. A ver, tráelo acá...

—¿A secarlo? Maestra, si lo seca se muere. Yo los he visto en las piedras del río, secos como un pedazo'e cuero.

—A secarlo no, Héctor. Dije a di-se-car-lo —explica la maestra.

El niño, que no había comprendido la diferencia, obedece por inercia. Se pone de pie, toma su sapo —el cual se queda mirando a Verónica un instante con sus ojos verde olivo— y camina hasta el pupitre de la maestra.

—Ahora, vamos a ver... —musita la maestra Angélica—. Quédate por aquí, Héctor, para que aprendas cómo se hace. Pongan atención, niños. Lo primero que se hace es agarrar esta aguja que está aquí, y penetrar con ella la médula espinal del sapo.

El chiquillo, al ver la aguja enorme resplandeciendo entre los dedos finos de la mujer, intuye el peligro, pero se refrena por respeto. Tal vez no es lo que él está pensando. Mejor es esperar. La maestra Angélica es buena. Ella no hará daño a su sapo.

—Mejor vengan acá todos. Acérquense, niños. Hagan un círculo a mi alrededor. ¡En orden, en orden! Bien. Lo primero, como les decía, es tomar la aguja con firmeza y colocarla aquí, justo aquí, sobre el cuello del sapo, para enterrársela con fuerza. Luego se la meteremos por el canal de las vértebras y ¡crac!, la giramos a una mano y a otra, para romper la espina y seccionar la médula. Entonces lo agarramos y lo ponemos boca arriba —dice la maestra, tomando el sapo y girándolo— para abrirlo con este bisturí, y estudiar su sistema

digestivo, su sistema circulatorio y su sistema respiratorio... En fin. Todos sus sistemas. ¡Ah! Aquí les traje unas láminas...

La maestra deja al sapo tendido boca arriba, y toma unos rollos enormes de papel que había dejado en el piso. Héctor la sigue con la vista, espantado. Sus ojos enormes se hicieron aún mayores al contemplar la lámina que la maestra colocó en el tablero, con cinta adhesiva, mostrando un sapo disecado, crucificado con alfileres y con las vísceras expuestas al aire.

—Ahora vamos a hacerlo nosotros. Miren acá, que la lámina no se va a ir. Pongan atención, que después les tocará hacerlo a ustedes solitos, y yo no los voy a ayudar. ¿Está claro? Veamos... el sapo de Héctor.

—¡Maestra! —grita Héctor, con lágrimas en los ojos—. ¿Qué va a hacerle a mi sapo?

—¿Qué te pasa, niño? ¿Por qué estás llorando? —pregunta ella, algo sorprendida—. Ya te dije, voy a disecarlo para estudiarlo con ustedes.

—Pero no... yo... yo no quiero. Usted dijo que íbamos a estudiar la Vida, no a matar a mi sapo.

—Es lo mismo. Para estudiar a los anfibios, tenemos que sacrificar algunos, para poder ver sus partes.

—No... yo no lo traje para eso... ¡Usted me mintió! —reprocha el niño llorando, al tiempo que arrebató el enorme sapo de entre las manos de la maestra—. Usted dijo que era para estudiar la vida, no la muerte...

Héctor sale corriendo del salón y huye velozmente en su bicicleta. Atrás queda la maestra, llamándolo a gritos.



El agua corre plácida, sin prisa, en el río. La espuma dibuja arabescos en sus remolinos. Las libélulas bailan sobre los herbazales. Un pájaro pechiamarillo brinca entre las ramas de un harino. Y tumbado a los pies del árbol, Héctor admira el jugueteo del pajarillo. Siente una rama que se quiebra, y mira atrás: Verónica. Ella lo saluda y se tumba junto a él.

—¿Todavía tienes al sapo?

Héctor se lo muestra, cautivo entre sus manos débiles.

—La maestra te anda buscando. Te puso *Fuga*, y dice que va a llamar a tu mamá.

El niño se encoge de hombros, y replica:

—No me importa. —Y riendo, agrega—: Mañana ya ni se acuerda.

—¿Te vas a quedar con el sapo?

—No. Esta es su casa. Ya voy a soltarlo en el río... donde lo cogí. Ven conmigo.

Caminan hacia el río.

—Mataron todos los otros sapos —relata la niña, con gesto de desagrado—. Fueron como veinte. ¡Puaj! Vieras qué asco...

Héctor baja la cabeza y guarda silencio unos minutos. La niña pone su índice en la barbilla caída, le hace alzar la vista, y le da un beso. Luego ambos estallan en carcajadas. El niño alza al sapo, y le mueve la patita para que se despida de la niña. La niña se despide moviendo su mano. El sapo, al primer contacto con el agua, comienza a batir sus patas desesperadamente, y se aleja nadando veloz. Los dos niños lo contemplan largo rato, hasta que lo pierden de vista en el fondo confuso del remanso. Siguen mirando, en silencio, la nada verde por donde había desaparecido.

—¿Quieres que te enseñe la Vida, Verónica? —preguntó Héctor.

—¡Claro! ¿Puedes? —agregó ella, con su voz dulce.



Él asintió con la cabeza. La tomó de la mano y caminó junto a ella hacia unas florecillas cercanas, en donde algunas mariposas amarillas revoloteaban ansiosas. Ansiosas como el corazón de Héctor, quien llevaba la Vida atorada en la garganta.

1998

# El escorpión

( cuento corto )

a Mariabé Martínez

La mujer entró al cuarto de baño y se desnudó. Cerrando los ojos, elevó el rostro hacia la regadera: una flor de agua se abrió sobre su cabeza. Frotó el jabón entre sus manos y esparció la espuma sobre su cara. Entre los pies de la mujer, a través de la rejilla del sumidero, apareció un alacrán, que comenzó a andar, con paso lento y torpe, contra el agua que corría.

Cuando la mujer lo vio, el alacrán se había detenido junto a su talón, casi rozándolo. Por instinto, la mujer dio un paso atrás, y el alacrán retomó su andar pesado hacia la pared del baño. Tras una breve pausa, el animal caminó a lo largo de la pared hasta dar una vuelta completa. Finalmente, se detuvo en una esquina, y se quedó ahí quieto, recibiendo con paciencia las gotas de agua y los racimos de burbujas de jabón que le caían desde las alturas.

La mujer, recuperando la calma, se tomó un tiempo para contemplar a la pequeña bestia, que seguía inmóvil en su rincón. La mujer reconoció en el vientre abultado que el alacrán era una hembra preñada. Repasó en su mente las escenas de un posible ataque: la carrera hacia su pie con la cola extendida, las tenazas que encuentran la piel, la cola que cierra su arco como un relámpago, enterrando

sobre el dedo mojado el aguijón lleno por la preñez, seguido de dolor inmediato, y luego hinchazón y adormecimiento de toda la pierna, la lengua y partes de la cara.

Terminado el baño, la mujer se envolvió el torso en una toalla y miró a su alrededor. Tomó una vasija de plástico que contenía jabones decorativos, la vació sobre el borde del lavamanos, y la enjuagó con agua fresca. Entre la vasija y la pared acorraló al alacrán, el cual doblado sobre sí mismo empezó a agitarse y a golpear el plástico con la cola. Con mucho cuidado, la mujer le hizo entrar y cerró la vasija. A contraluz, volvió a contemplarlo a través de la barrera transparente. Era un animal inquietante: jamás había visto uno tan grande.

Salió del baño y dejó la vasija con el alacrán sobre una mesita en la antesala, mientras se cambiaba de ropa. Cuando regresó, la vasija ya no estaba sobre la mesa. Buscó en su cuarto, y en el baño, pero no encontró nada. En la sala, preguntó al marido – que estaba viendo algo en el televisor – si había visto una vasija con un alacrán adentro, pero el marido no le hizo caso. En la cocina, preguntó lo mismo a la señora de la limpieza.

*- Sí, patrona, la encontré en la mesita. No se imagina el susto que cogí. ¡Ay, madre mía! Pero ya lo maté. Le estoy lavando la vasija, para que vuelva a meter los jabones. ¿Para qué lo quería?*

El marido, que escuchó la respuesta desde la sala, exclama riendo:

*Si ya está muerto, ¿qué importa ahora para qué lo quería?*

La señora de la limpieza, todavía confundida, se rio también.

Esa noche en la cama, despierta al lado del marido que roncaba, la mujer miraba al techo, en silencio, con su mano reposando sobre el vientre redondo.

1998 (2024)

# El pescador

( cuento )

a Yoselin Gonçalves

**D**ESDE ENERO Y DURANTE varios meses, los camiones cargados de materiales de construcción habían viajado por los retorcidos y polvorientos caminos que comunicaban a la capital de la provincia con el pueblo de Caña Brava, para suplir a los obreros que trabajaban ansiosamente en construir el enorme puerto y las amplias instalaciones de la nueva compañía pesquera. El tranquilo pueblo de pescadores, emplazado en la costa Pacífica de Panamá, nunca vio en su historia tanto ajeteo de personas y vehículos como en aquellos afanosos días. Sus habitantes sencillos, acostumbrados a dejar sus pequeños botes a la buena de Dios, apenas atados con una sogá vieja al tronco de cualquier palma o anclados con un cigüeñal oxidado medio enterrado en la arena, no lograban entender el propósito de aquel puerto desproporcionado y largo, como hecho por gigantes, dispuesto para albergar perfectamente a diez grandes barcos pesqueros. Tampoco entendían la razón de construir cinco enormes cuartos fríos, así como gargantuescas instalaciones para limpiar y empacar cientos de toneladas de mariscos a la semana. «¿De ónde van a sacá tanto pescao como pa pagá tó esto?», se había preguntado más de uno. La compañía había traído mano de obra de otros lugares para

construir las estructuras. Y a más de un pescador de Caña Brava que se aventuró a solicitar empleo como marino en los barcos que vendrían, le habían rechazado de golpe: «Los pesqueros de esta compañía son los más modernos que hay en el mundo entero, totalmente computarizados, y no se puede contratar a cualquiera». Agregaban que traerían marineros japoneses entrenados para operarlos.

Varias semanas antes de que se concluyera la obra, algunos de los pescadores más viejos y avispados del pueblo ya se habían percatado del peligro próximo. «Si la compañía tien dié bajco pescando to'el día en ejta costa, ¡no va quedá pescao pa nojotro!», decía un viejo pescador a los más jóvenes. «Y si ellos venden mile y mile e pescao entonce naiden noj va comprá a nojotro», había agregado otro. «Y pa'cabá e'jodé no nos dan trabajo en los bajco nuevo. ¡Noj vamo'a morí de hambre mesma!». La preocupación al respecto fue creciendo y comenzó a rodar por las calles, y tanto rodó que llegó hasta los oídos del Representante, una tarde en la cantina del pueblo. «Voy a hablá con er gobernador pa've», había dicho. Al día siguiente, el Gobernador le aclaró, sentado en un cómodo sofá en su oficina, que aquella Compañía operaba con capital extranjero, tenía a una concesión del gobierno para pescar en la zona, y no estaba obligada a emplearlos. «Es parte de la Apertura de Mercados y de la Globalización. La Modernización y la Reingeniería de la pesca requieren de personal capacitado y competitivo para que la Calidad sea Total». El Representante, que no sabía de qué hablaba el Gobernador, con los ojos abiertos de par en par, trató inútilmente de entender aquellas palabras. Como no pudo, se conformó con grabarlas en su mente.

Cuando llegó a su pueblo, el Representante reunió a los pescadores y les explicó: «Esa compañía ej de la englobación del supermerca'o, y

no noj va a dá trabajo». Lo único que quedó claro fue que la presencia de la nueva compañía pesquera no les traería más que problemas. Esto alarmó más a la población, que comenzó a rumorar sobre boicotear los nuevos pesqueros.

Esta novedad llegó hasta oídos del gerente de la compañía, un joven capitalino graduado en Administración de Empresas en la Universidad de Harvard con altos honores, que había regresado a Panamá con el propósito de obtener pingües ganancias con la entrada de este al Mercado Internacional. No le convenía tener al pueblo de Caña Brava de enemigo. Entonces, como estrategia para ganarse la voluntad de aquella gente, y con la excusa de celebrar el inicio de operaciones de la rica compañía en aquella mísera área, el joven gerente decidió hacer la fiesta más grande que hubieran visto los cañabravenses, a la cual se invitaría a todo el pueblo. Habría comida y aguardiente gratis y en abundancia. La fiesta comenzaría en la mañana y duraría un día entero. En la noche, el mejor acordeonista del momento se presentaría en el jorón del pueblo, finalizando la parranda con una tuna al amanecer. Así, hartos, ebrios y estropeados, ninguno de aquellos pescadores pobres tendría ánimos para detener a los pesqueros nuevos, que iniciarían labores al día siguiente sin inconveniente alguno.

De acuerdo a este plan, llegaron a Caña Brava el día antes de la fiesta los directivos de la compañía, en una caravana de carros lujosos, encabezada por el joven gerente en un hermoso Mercedes-Benz negro y rematada por varios camiones que cargaban la comida, el licor para el pueblo, y los inmensos altoparlantes para el músico. Los modernísimos barcos pesqueros llegaron por mar el mismo día, directamente al puerto. La multitud curiosa se abarrotaba en torno al doble espectáculo de la caravana de carros y la deslumbrante flota pesquera. Los carros pasaron de largo por la estrecha calle principal del

pueblo, y se estacionaron dentro de las instalaciones de la compañía. Se cerraron las puertas de la entrada y todos los curiosos quedaron fuera. Entonces los ricos directivos, pescadores de oficina, se bajaron de sus carros europeos y entraron a los despachos de la compañía. El joven gerente fue el único que, en espíritu de aventura, se atrevió a salir de la fortaleza. Todos los demás permanecieron encerrados ahí, sin asomar siquiera la cabeza, hasta que llegó el momento de partir. Habían venido de mala gana, por orden ejecutiva del gerente.

Alejandro Arias, que así se llamaba el gerente, salió al final de la tarde, vestido con una camisa de flores y un pantalón de safari que no le ayudaban a quitarse de encima el aire de turista perdido que le acompañó durante toda su visita. Salió dispuesto a conquistar aquel pueblo salvaje, con su carisma de empresario como único recurso. Más le hubiera valido quedarse dentro de su palacio del marisco, pues le hubiera ahorrado a su corazón una herida por la cual sufriría el resto de su vida.



Coral era una hermosa muchacha, de piel como el oro y poco más de quince años. Era la hija única de Juan Barrios, uno de los pescadores más esforzados, hábiles y lúcidos de Caña Brava.

Su madre, una mujer hermosa y trabajadora, había tirado de la yunta hombro a hombro junto al padre, durante varios años, procurando un futuro mejor para la pequeña. Había muerto cuando Coral tenía diez años, picada por una víbora que pisó una noche en el camino, cuando volvía de vender unos pescados en un pueblo cercano. Esa noche, como su mujer no llegaba al rancho, Juan Barrios salió a buscarla por los alrededores con unos compadres, pero no la

encontraron sino hasta el día siguiente, muerta e hinchada, entre los matorrales a orillas del camino.

Coral nació y creció en Caña Brava, y no había visto nunca más mundo que los pueblos cercanos y el voluble mar que bañaba sus costas. Heredó de su madre la belleza y el tesón para trabajar. Aprendió a leer a los cinco años, en la escuela de un pueblo cercano, y desde entonces había devorado cuanto libro o escrito caía en sus manos. Cuando su madre murió, Coral quiso ocupar su lugar en el negocio familiar de la pesca, por lo que el tiempo libre para leer se redujo a unas pocas horas diarias. Estas horas le bastaron para obtener una cultura vasta y envidiable, gracias a los libros que conseguía prestados en la escuela y los que su padre hacía traer desde la ciudad cada semana, especialmente para su hija. Su preparación sería la envidia de muchas señoritas universitarias, si viviese en una ciudad. Igualmente su belleza, pues la Naturaleza la dotó generosamente de todo lo que una mujer puede desear para ser feliz.

Juan Barrios había conseguido, gracias a su infatigable ánimo y a la ayuda de las dos mujeres, levantar su pequeño emporio desde la nada. Así, cuando la compañía pesquera hizo su aparición en el panorama de Caña Brava, Juan tenía a su haber una casa de mampostería, algunas parcelas de tierra, un pequeño camión con nevera y casi diez botes con sus respectivos motores y trasmallos, los cuales pescaban para él. Tenía bajo su mando a los mejores pescadores cañabravenses, los cuales salían al mar varias veces durante el día y la noche, a revisar los trasmallos en los botes y traer de vuelta la pesca, así como uno que otro trasmallo que necesitase reparación. Los pescados, una vez en la orilla, se limpiaban y eran guardados en la nevera del camión y vendidos en las ciudades cercanas.



Juan Barrios era un hombre de mediana edad. No obstante, envejeció prematuramente por el exceso de sol, mar y trabajo. A veces, pescando en mar abierto o manejando su camión, se sentía muy fatigado. Por eso, poco a poco, había ido delegando estas responsabilidades sobre un muchacho joven, trabajador y honrado, llamado Miguel Campos, que trabajaba para él. Juan Barrios vio nacer a Miguel y confiaba a él ciegamente sus negocios. Además sabía que, desde hacía un par de años, había una relación especial entre Miguel y su hija Coral. Los había visto muchas veces caminando juntos por la playa, al amanecer; conversaban horas enteras, sentados entre los faraguales de un cerro cercano, mirando hacia el mar. Sabía que pronto Miguel Campos y su hija formalizarían aquel noviazgo con el matrimonio. Entonces él sería el encargado del negocio familiar.

Se encontraba Coral Barrios en el portal de su casa, sentada en un taburete de cuero, reparando hábilmente algunos tramos rotos de un trasmallo, cuando Alejandro Arias la vio desde lejos, y encantado por su belleza se acercó a ella dispuesto a conquistarla rápidamente con sus encantos de príncipe capitalista. La muchacha tenía recogido el cabello en una cola, y la falda doblada sobre las rodillas. Fue fácil entablar una conversación, pues Coral era muy atenta con todos. El joven capitalino notó pronto que aquella jovencita tenía una conversación muy fluida, de un nivel superior al que solía sostener con sus amigas de la Ciudad. Con el trasmallo extendido frente a ella como una cortina y la aguja de aluminio en la mano, aquella sirena causó una impresión muy honda en Alejandro. Entre las fiestas vacías y las chicas presumidas de la alta sociedad, ya había olvidado el delicado placer que es una buena conversación con una bella mujer. Y no pudo evitar caer en las redes del amor que, en realidad, Coral nunca quiso tender para él.

Cerca del anochecer, cuando Miguel Campos llegó con otros pescadores a buscar unos trasmallos de Juan Barrios para ponerlos en el mar, encontró a Coral conversando amenamente con aquel desconocido.

—Este es el señor Arias, gerente de la nueva compañía —los presentó Coral. —Él es mi novio y mi mejor amigo, Miguel Campos.

Los dos hombres se saludaron cortésmente. Detrás de sus sonrisas, estaban sus corazones encendidos en un súbito celo.

—¿Ya está listo este trasmallo, Coral? —preguntó Miguel. —Se hace de noche y quiero ponerlo para aprovechar la marea.

—Dame un minuto... —musitó Coral, mientras terminaba de hacer los últimos nudos del tejido.

Coral se levantó y comenzó a recoger el trasmallo, metiéndolo en un gran saco. Miguel, dándole una palmada en la espalda a Alejandro, dijo:

—Voy a poner este trasmallo, y a recoger la pesca de otro que pusimos ayer. ¿Viene conmigo, señor Gerente?

Comprometido por la presencia de Coral, Alejandro aceptó fingiendo un coraje que no tenía. Se despidieron de la joven y se fueron caminando juntos, sin hablar, hasta la playa cercana, donde el bote de madera favorito de Miguel, "La Coral", los esperaba. Con ayuda de algunos otros pescadores, lo arrastraron hasta la orilla, en donde las olas y uno que otro empujón hicieron el resto. Solo abordaron Miguel y su invitado, pues los otros pescadores irían en otros botes a poner los trasmallos en otros lugares diferentes.

Cuando el bote llegó a alta mar, Miguel detuvo el motor. El bote se deslizó sobre el agua unos instantes por inercia, hasta detenerse perezoso más adelante. Con la máquina apagada, el bote se balanceaba con más violencia.

Alejandro Arias, un poco mareado por aquel carrusel ondulante sobre el abismo azul, se sujetó con ambas manos de los bordes del bote. Miguel, como si estuviese en tierra firme, se puso de pie sin problemas y caminó hasta el saco que contenía el trasmallo. Lo sacó y extendió un poco, frente a la mirada agreste del joven Arias. Miguel se asomó por el borde del bote y tiró el primer extremo del trasmallo. El peso se hundió rápidamente, mientras la boya enorme y amarilla bailaba sobre las aguas.

—Coral es muy hermosa —dijo Alejandro.

—Y muy inteligente —añadió Miguel, sin apartar la vista de las redes.

—Me refiero a que es demasiado hermosa para este pueblo perdido y mísero. Ella necesita y merece algo mejor.

Miguel no dijo nada. Tomó el canaleta y comenzó a remar mientras el trasmallo se iba extendiendo en las aguas, con una estela de espuma. Entonces Alejandro Arias, soltándose de una mano para demostrar más valor, agregó:

—Ella necesita un hombre que le dé lo que ella desea.

—¿Debo suponer que usted conoce lo que ella desea? —le inquirió Miguel, mirándolo ferozmente, a la vez que arrojaba al agua el segundo extremo del trasmallo.

—Por supuesto —dijo Alejandro, sonriendo.

Miguel volvió a callar, y este silencio irritó un poco a su invitado. Caminó hasta la popa y arrancó el motor, tomando rumbo hacia el trasmallo colocado el día anterior. La punta del bote se elevó sobre las olas y el motor fuera de borda cortó veloz las aguas con gran estruendo, dejando tras de sí una brecha de encaje blanco. La noche comenzaba a caer, y el mar tomaba un tono más negro cada vez. Pronto llegaron

al lugar donde las boyas amarillas, subiendo y bajando sobre las olas, marcaban la ubicación del trasmallo.

—¿Te sientes muy hombre, verdad Miguel? —dijo Alejandro, en un tono muy tenso. —En tu silencio, juzgas que tener a Coral para ti te hace más macho que yo.

—Eso lo está diciendo usted, no yo.

—Pero lo piensas... —dijo Alejandro, más alterado.

—Lo que piensa un pescador pobre como yo no debe preocuparle mucho a un gran señor como usted —le respondió Miguel, en un tono que hizo a Alejandro erizarse como un perro enfurecido. Y agregó: —Ayúdeme a recoger este trasmallo, señor, para que aprenda usted algo del oficio de la pesca.

Herido en su orgullo, y pensando en Coral, Alejandro Arias tomó el trasmallo lo mejor que pudo, disimulando su asco y mascullando frases entre dientes. «Ayúdeme a sacar los pescados», le dijo Miguel. Entonces Alejandro le arrojó una mirada de odio, que el joven pescador recibió con una sonrisa: «¿Acaso no va usted a hacer mucho dinero con los peces de aquí? Es bueno que vaya conociendo a los que le van a dar de comer». Y a medida que iban desenredando los peces de entre los gruesos hilos, Miguel se los iba nombrando.

—Esta es una corvina pelona. Estos cuatro son pargos rojos. El otro de acá es un azulito. Estos dos son martillos. Y la que usted acaba de dejar ir era una corvina boquiamarilla.

Alejandro Arias buscó en el bolsillo de su pantalón, y sacó una cuchilla suiza. La abrió, y con ella cortó el vientre de un pescado, sacándole las vísceras y arrojándolas al mar. Mientras lavaba el pescado en el agua, le dijo a Miguel: «¿Ves que conozco perfectamente el oficio de la pesca?»

—Lo conoce usted perfectamente —respondió Miguel, sereno. —Sepa que, por esa sangre que usted acaba de arrojar al agua, dentro de un minuto estaremos rodeados de tiburones. Y de noche, los tiburones no salen a pasear: salen a comer. La sangre los enloquece.

—¿Te diviertes mucho burlándote de mí, verdad? —gritó Alejandro, poniéndose en pie con dificultad y blandiendo la pequeña cuchilla. —¡Pues no te lo voy a tolerar! ¡Te demostraré quién es más hombre aquí!

Miguel lo miró a los ojos y se dio cuenta de que aquel hombre hablaba en serio. Así que se puso también de pie, y sacó de su cebadera de paja dos cuchillos grandes, con filos feroces, tan prestos para aliñar un pez como para matar a un hombre. Y caminó hacia Alejandro Arias, con los cuchillos en la mano, diciéndole:

—Usted habla mucho. ¿Sabe qué creo yo? Que un hombre es hombre por su carácter. ¿Quiere saber quién es más hombre aquí? Entonces, vamos a averiguarlo de una vez.

Alejandro, con el corazón helado por el espanto, vio a Miguel venir hacia él, empuñando los dos cuchillos, y cayó de rodillas junto al motor. Miguel, inclinándose junto a él, cortó con el cuchillo el pequeño tubo de goma que comunicaba el tanque de la gasolina con el motor fuera de borda. Un poco de combustible goteó sobre el piso de madera. Tomó el canaleta y lo arrojó al agua, lejos del bote. Luego, escogió dos pescados, de los más grandes, y les abrió el vientre. Tomó uno, y frotó el vientre sangrante del animal contra su cuerpo, quedando empapada su piel y su ropa en la sangre abundante del animal recién muerto. Sin dejar de mirarlo directo a los ojos ni por un segundo, tomó el otro pescado e hizo lo mismo con Alejandro, frotándolo en la cabeza, brazos y camisa de este, que temblaba de miedo. Cuando ambos estuvieron bañados en la sangre de los peces,

Miguel Campos le entregó al otro hombre uno de los dos cuchillos, y le dijo:

—Tome esto. Lo puede necesitar si lo atacan los tiburones. ¿Ve aquellas luces lejanas, las que titilan en el horizonte? Eso es Caña Brava. Es la costa más cercana. Le recomiendo que use esas luces para guiarse, para que no nade en círculos. ¡Nos vemos en la orilla!

Dicho esto, Miguel se guardó su cuchillo en el cinto y se arrojó al mar. Alejandro se arrimó al borde del bote y miró el agua revuelta, viendo a Miguel salir a la superficie más adelante. Lo vio nadar hacia las luces durante unos segundos hasta que lo perdió de vista. Había caído la noche y no se lograba ver casi nada, excepto algunas estrellas en el cielo. Durante un cuarto de hora, el joven Arias, aterrado, permaneció en silencio, arrodillado en la popa y maldiciendo su lengua suelta. Intentó inútilmente arrancar el motor. Trató de distinguir en la oscuridad el remo flotando en el mar. Todo en vano. Pronto se dio por muerto, y rompió el llanto. El suave golpetear de las olas en el costado del bote acompañó sus sollozos durante las tres horas que estuvo a la deriva en la noche terrible de mar abierto.

Al cabo de estas tres horas, Miguel Campos, limpio y seco, llegó hasta él en otro bote, junto a dos pescadores.

—¿Todavía está aquí? —le preguntó Miguel, al abordar "La Coral". —Le estuve esperando para cenar en casa de Coral, pero como no llegó, cenamos nosotros.

Alejandro Arias guardó total silencio. Miguel colocó un nuevo tubo de goma entre el tanque y el motor, lo bombeó un poco y lo arrancó sin problemas. Los dos botes regresaron a Caña Brava, saltando sobre las olas en medio de la oscuridad, sin que los hombres cruzaran ninguna palabra.



Desde que amaneció, el pueblo se encendió en el ambiente de fiesta. Durante todo el día, la comida, el licor y la música no faltaron ni un instante. Los cañabravenses, como todos los costeños, eran personas alegres y dadas a las parrandas. Muy pocos pescadores salieron ese día al mar, pues estaban aprovechando el festín gratuito, con el cual la compañía les anesthesiaba la conciencia.

El momento cumbre se dio cuando cayó la noche, pues el mejor acordeonista del momento se presentó en el pequeño jorón del pueblo, que había sido especialmente aderezado para su presentación. Algunas mesas estaban dispuestas alrededor del jorón, con hielo y botellas de seco. Cuando el acordeón empezó a sonar, la pista de baile se llenó tanto que las últimas parejas tuvieron que bailar en la calle.

En una de las mesas estaban Juan Barrios y su hija Coral. La muchacha lucía una trenza hermosa. Miguel Campos estaba sentado a su lado, con un sombrero pintado "a la pedrá". Miguel había estado pescando aquella tarde. Los tres conversaban un poco, viendo a la gente bailar alegremente.

Alejandro Arias, vestido con el mismo saco negro que había usado en tantas fiestas del Club Unión, se paseaba entre las mesas, saludando a los pescadores. Les daba la mano y les decía algunas palabras amables, pero su mente estaba en otra parte: su mirada buscaba de reojo entre la multitud a la hermosa Coral. Cuando la encontró, sentada junto a su padre, no pudo contener su ansiedad y caminó hacia allá inmediatamente. Se detuvo a tiempo, cuando distinguió a Miguel a su lado. Al escuchar que empezaba la nueva pieza musical, respiró hondo y llegó hasta ella a pedírsela. «¿Me concedes el honor, Coral?», le dijo meloso. Entonces todos los ojos de los

alrededores se clavaron en la chica. Aquel joven elegante y apuesto hubiera provocado un «Sí» inmediato e incondicional en cualquiera de las otras muchachas de Caña Brava. Pero no en Coral.

—Gracias, pero Miguel y yo vamos a bailar... —dijo tomando la mano de Miguel, y llevándolo hacia la pista.

Los dos jóvenes comenzaron a bailar, perdiéndose pronto entre la multitud de parejas que giraban al ritmo del acordeón. Alejandro, respirando hondo, fue a la cantina del jorón, pidió la botella de whisky que había dejado guardada ahí para él, y se la llevó a la mesa de Juan Barrios. Se sentó junto al viejo pescador y se tomó varios tragos, ansiosamente, con la mirada perdida entre las parejas. Conversaron algo, sobre temas sin importancia. Cuando Miguel y Coral volvieron de la pista y se sentaron, Alejandro trató de no dar muestras de los celos que lo consumían. Esperó pacientemente hasta que empezó la otra pieza y volvió a invitar a Coral a que bailase con él. Esta vez la muchacha ni siquiera le contestó: tomó de la mano a Miguel y lo llevó hasta la pista nuevamente.

En ese momento, Alejandro Arias era blanco de todas las miradas de las mesas cercanas, pero estaba demasiado herido y consternado como para notarlos. Siguió tomando tragos de whisky como si fuera agua en un día de calor, hasta que el fuego de la ira consumió todas sus energías, y decidió retirarse a dormir.



A la mañana siguiente, aún golpeado por la resaca, Alejandro Arias fue a la casa de Coral Barrios. «Necesito hablar contigo», le dijo. «Está bien, pero aquí no», le pidió ella. Y le invitó al hermoso cerro cercano, espigado de faraguas, desde donde se apreciaba el mar. Una vez arriba,



Alejandro tomó las manos frágiles de Coral entre las suyas, y le rogó: «Ven conmigo. Te daré una vida nueva, lejos de este pueblo mísero. Ven, y te enseñaré el mundo». Ella soltó sus manos y dio unos pasos atrás. Con indignación, le contestó:

—No lo haré. Nunca lo haría. Mi vida pertenece a este lugar. Y no puedo ni quiero ir contigo. Amo a Miguel.

—Miguel... —dijo el gerente entre dientes. —¿Qué te da él que no pueda darte yo?

—¡Amor! Simplemente eso. Amor sincero, fiel.

Alejandro Arias rio fuertemente, como si le hubiesen contado un chiste. Y, caminando en torno a la muchacha, dijo en tono sarcástico:

—¿Amor? ¡Tú no conoces el mundo, Coral! Hay mucho más allá de estas costas y estos pequeños pueblos. Hay mucha gente, grandes ciudades, lindos almacenes, alegres fiestas... Ese es el mundo que tú no conoces, de donde yo vengo.

—Un mundo violento, corrupto, vacío. ¿Hay paz en ese mundo tuyo? ¿Tienes tranquilidad en tu espíritu? ¿Eres feliz? Aquí, en este pueblito perdido entre el monte y el mar, yo tengo paz, Alejandro. Tengo tranquilidad en mi espíritu, y soy muy feliz. No necesito nada de tu mundo vacío, pues aquí lo tengo todo.

El joven Arias se llevó las manos a la cabeza, tratando de entender por qué esa muchacha lo despreciaba a él, rico, letrado y con gran futuro, para aceptar a un pobre pescador sin preparación.

—¿Cuál es la diferencia entre Miguel y yo? ¡Dime! —le reprochó, herido.

—La manera diferente en que tú y él ven la vida.

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso me conoces ya?

—Precisamente: no te conozco bien, ni tú a mí, y eso no ha sido obstáculo para que tú me invites a irme contigo. No has visto más que mi apariencia, y eso es suficiente para ti, pero no para mí.

—¡Eres tan hermosa que eso me basta!

—Y esa belleza, ¿será eterna? Eso no es amor, Alejandro, es solo una pasión fugaz. ¿Qué pasará cuando yo envejezca? ¿Me querrás igual, o me desecharás como se desecha un objeto usado?

—Eso es un juicio 'a priori'... - dijo Alejandro, tratando de impresionarla con su latín dominguero.

—Y son esos juicios, según Kant, los únicos que nos conducirán a la verdad, ¿o no, Alejandro? - dijo Coral, y guardó silencio. Luego, mirando hacia el mar, agregó: - El hombre a quien entregue mi vida, deberá amar más mi alma que mi cuerpo; deberá considerarme parte de él mismo; y deberá amar el mar, igual que yo, ganando en él su sustento. Miguel y yo nos conocemos desde hace años, y hemos cultivado primero una firme amistad, y luego un amor sincero. Eso no se obtiene con cualquiera, y menos de un día para otro.

El joven universitario estaba acorralado. Así que volvió a su punto de partida:

—Prefieres a Miguel porque es un pescador, como tu padre, ¿verdad? —Y riendo agregó: —¿No ves que yo también soy un pescador ahora?

Coral lo miró, y en sus ojos había compasión hacia aquel muchacho rico. Y le dijo:

—Un pescador pesca para vivir, no para lucrar. Ama el mar, y lo ve como un hermano, no como una fuente de fortuna. Pesca con compasión y devuelve al agua los peces pequeños. Ustedes, lucradores del mar, arrasan con toda la vida que encuentran, incluso tortugas y delfines. Tú no eres un pescador, Alejandro. Miguel sí lo es.

—Está bien, esto es inútil. ¡Me voy! Pero te arrepentirás mañana de haberme dejado ir, ¡te arrepentirás! —gritó Alejandro; y dando media vuelta, bajó la cuesta, furioso.

Coral Barrios nunca se arrepintió. Un año después se casó con Miguel Campos, su mejor amigo y amor de siempre. Permanecieron en Caña Brava, y con su esfuerzo sacaron adelante el negocio de pesca de Juan Barrios. Gracias al trabajo diario, no solo lograron sobrevivir a la presencia de la compañía pesquera, sino que duplicaron en pocos años el número de botes, trasmallos y camiones que tenían a su haber.

Alejandro Arias, en cambio, se dolió toda su vida por el desprecio de aquella extraordinaria mujer. Siguió al frente de la compañía pesquera durante varios años, desde lejos. Nunca más volvió a pisar el suelo de Caña Brava. Se casó pronto con una muchacha de ciudad, muy hermosa, pero vacía. Su matrimonio duró dos años y con el divorcio perdió gran parte de su fortuna. Muchos años después, cuando sintió la muerte cerca, harto de su propia infelicidad, recordó las palabras de Coral Barrios: «¿Tienes tranquilidad en tu espíritu? ¿Eres feliz?». Ese día entendió su significado. Y lloró amargamente.

1997

2<sup>da</sup> Edición

13 DE SEPTIEMBRE DE 2024



[WWW.ZIRIE.ART](http://WWW.ZIRIE.ART)

[CORREO@ZIRIE.ART](mailto:CORREO@ZIRIE.ART)